
Aporte Extranjero

De los nombres del Orinoco

MIGUEL ACOSTA SAIGNES

M. ACOSTA SAIGNES sociólogo, antropólogo y escritor venezolano, nació en San Casimiro, Estado de Aragua, en 1908. Actualmente es profesor de sociología y antropología en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central (Caracas) y director del Instituto de Antropología e Historia de la misma universidad. Director de la Revista de Folklore. Posee una vasta producción constituida por obras y artículos sobre temas de su especialidad. Entre estos últimos recordamos aquí Los timotucicas, un pueblo previsivo, que se refiere a los caracteres culturales de la gran familia aborigen de los actuales Estados de Mérida, Trujillo y Táchira, en la región de los Andes venezolanos; Aves agoreras de Venezuela, entre las que cita al chaure, la piscua, el zamuro, el tucusito, la guacharaca y la pavita; Carga la burra, El último diablo de Guacara, etc. Ha dado numerosas conferencias.

VOLVAMOS ahora la vista sobre el Orinoco —escribía Michelena y Rojas en 1867— sobre ese bello país privilegiado por la naturaleza: selvas eran sus márgenes e incultas 266 años ha, cuando se descubrió; y selvas e incultas, pero sin la población indígena que antes tenía, son las mismas que hoy existen . . .” Podríamos exclamar otra vez como el viajero de tanto empeño orinoquense: “Volvamos ahora la vista sobre el Orinoco”. Dragarán su vieja boca de limos, arenas, aluviones; extraerán de sus montañas marginales millones de toneladas de hierro que seguirá la senda extranjera del petróleo; intensificarán el tráfico por sus aguas tantas veces cruzadas por las ingenuas piraguas monóxilas de los antiguos habitantes de sus márgenes; le enmendarán la estructura deltana, impidiéndole que abra y cierre caños, zurza rumbos, enmiende rutas, modifique trazados por entre la selva terminal. Y quizá comiencen a llamarle de otra manera. Ya en otras ocasiones, extranjeros codiciosos de su caudalosa

riqueza lo intentaron. Por eso digamos ahora un poco de la historia de los nombres que ha tenido. Ellos son también su propia historia, la de los hombres que en remotos días cruzaron, en busca del mar, con descenso veloz, desde más allá de los raudales; la de los mansos Arawacos, artífices de esbeltas cerámicas: la de los que intentaron penetrar el secreto de sus cabeceras escondidas; la de los Caribes inestables, aguerridos, religiosos, dionisiacos; la de árboles de extrañas resinas y peces sanguinarios; la de los Otomacos geógrafos y alegres.

Colón miró solamente el final de sus aguas confundidas con el mar. Lo creyó sin embargo el río del Paraíso Terrenal y le dio así el destino de ser cuna inacabable de utopías, fertilizador de imperios insubstanciales, como la Manoa de Raleigh; hijo de aguas fabulosas como la Caranaca de los buscadores de El Dorado; señuelo de quienes iban en pos de la Mar del Sur, como Federman; hontanar de ilusos de una Venezuela que hiciese de él corazón y arteria, maestro y padre de una economía propia; vía que encauzase el esfuerzo nacional; fuente de fabulosa potencia eléctrica que llegase a todos los rincones del país; columna vertebral de las desparramadas finalidades de los venezolanos.

Desde Cubagua, plataforma de proyectos descabellados y base de empresas de todo riesgo, partió a descubrir sus secretos, poco después de 1520, un oscuro piloto llamado Juan Barrio del Queixo. No llegó muy lejos, pero trajo un nombre del río: Uyapari. Por eso el suyo ha vivido para la posteridad. Comenzaron entonces a llamarle los descubridores con diversas variantes del vocablo: Aviapari, Yuyupari, Yyupari.

Por 1530 un cierto Pedro de Acosta quiso permanecer entre los habitantes del delta, para obtener de ellos noticias sobre las tierras que aquel adelgazado mar cruzaba. Pero hubo de retirarse con sus trescientos hombres, batido por la inclemencia de la selva inhóspita. Le siguió otro animoso de apellido Conejo. Le recibieron pronto de nuevo en Cubagua. El río de Paria, como también le llamaban, se mantenía impenetrable y desafiaba la codicia de los descubridores.

Fue Diego de Ordaz quien le halló nuevo nombre. Venía de otras tierras fabulosas, de geografía difícil, donde junto a Cortés había cruzado altos páramos y ascendido erguidas montañas hostiles. Allí no había ríos espléndidos sino despeñados torrentes de montaña, fríos hilos de agua que descendían desde volcanes. Quizá por eso buscaba ahora anchas regiones donde caudalosos cursos permitirían olvidar las sequedades de las altiplanicies, donde cálidos vientos le entonasen los helados recuerdos de aquellos nortes inclementes que los Aztecas ha-

APORTE EXTRANJERO

bían llamado Mictlampa Ehécatl, "viento de las tinieblas". Cuando salió de la fortaleza de Paria iba en busca de un pueblo, situado según las noticias, a cuarenta leguas, de nombre Uriaparia. Habría tenido cuatrocientos bohíos y muchos indios flecheros y belicosos. Juan de Castellanos lo veía así:

"Pueblo potente fue de gran gentío
que sobre las barrancas iba puesto,
del cacique Uyapari señorío,
en las calles y plazas bien digesto,
y de donde nombraron este río".

Ordaz remontó la corriente durante cincuenta días. Cuando llegó a las cercanías del Meta encontró que "había perdido ya el nombre". Le llamaban Orinoco. El Padre Aguado recogió noticias de que, además, en las regiones del Meta se le llamaba Guaraye o Guaviare y no es imposible que desde donde ese afluyente la desemboca, hasta el Meta, hubiese sido así denominado. Habría llevado durante largo recorrido el nombre de uno de sus hijos. Es probable además, que el suyo cambiase mucho antes, pero las poblaciones ribereñas huían al paso de los desconocidos y sólo muy de tarde en tarde era posible el contacto con los habitantes de la selva.

Ordaz regresó extenuado. Con él venía el nombre que antes nadie había oído: Orinoco. Se embarcó para España y en la travesía murió. Para algunos, fue envenenado. Tal vez los trabajos de su estéril expedición le habían debilitado. Iba hacia España en busca de nuevos arreglos, porque había oído hablar de zonas pobladísimas, de gentes vestidas, de áureas joyas. Todo era fábula entonces sobre los orígenes del Orinoco y así fue durante mucho tiempo. En 1579 se escribía en la Relación de Nueva Segovia: "Otros ríos que salen por las espaldas de otras serranías de hacia el Sud, van a salir a un río que llaman Guariparia, que es un río grande que sale de las espaldas de las Sierras del Perú".

Después de Ordaz, Jerónimo de Ortal quiso ir hacia aquellas escondidas selvas que pensaba pobladas por súbditos del Inca. Envío a su lugarteniente Alonso de Herrera y éste murió flechado en el Meta, en 1535. Personalmente Ortal no pudo lograr mucho.

Los fracasos no arredran a los conquistadores. Todos soñaban con ciudades de oro y plata, con imperios, tesoros como el de Moctezuma, ciudades como las de Atahualpa. Resulta muy curioso que en 1570

Rodrigo de Navarrete, en un informe sobre la Provincia de los Araucas escribía muy comedidamente: "Río de Orinoco o Huyapari. El Río Orinoco es grande y se dice que tiene el nacimiento en las tierras de Guayana, y de noticia de los Araucas se tiene que la provincia de Guayana es muy buena tierra y poblada de naturales y buena gente". Su sensatez no contagió a muchos. Continuaron las expediciones en tanto se nombraba de aquellos dos modos al río.

Por 1590 encendíanse de nuevo las noticias legendarias. Antonio de Berrío titulaba un informe así: "Relación de lo sucedido en el descubrimiento de Guayana y Manoa y otras provincias que están entre el río Orinoco y Marañón..." Y contaba otra historia de aguas fabulosas: "A once jornadas de donde llegaron los españoles dicen haber una laguna grandísima que se llama la tierra Manoa. Alrededor de ella hay grandísimo número de gente vestida, de pueblos y señores. Que habrá veinte años llegaron a ella mucha cantidad de gente vestida con arcos pequeños y pelearon con los de la laguna y han ido sujetando mucha parte de aquella gente, la cual dicen ser en tanto número que según las poblaciones de los pueblos que se vieron a la entrada de Guayana y lo que dicen de los demás, se entiende ser más de dos millones de indios..."

Aquellas creencias de Berrío influyeron mucho sobre el siguiente explorador del Orinoco: Walter Raleigh. Dejó noticia de varios de los nombres del río y estuvo a punto de rebautizarle. Para 1595 se le llamaba indistintamente Uriaparia y Oricono. Raleigh le conoció además el nombre de Baraquan. Así le habrían llamado, o con la variante Barraguán, los Mapoyes, según noticia de Caulín, debido a un cerro conocido con la misma designación. Raleigh extendió la fama del Orinoco por su hiperbólica descripción de la Guayana: las aldeas fueron para él ciudades, los caciques emperadores, los caneyes palacios, las urbes legendarias realidades. Aunque su relato tiene mucho más méritos que los que se le conceden, sin duda exageró cuanto le contaron, deseoso de obtener ayuda para remontar las aguas que habían de conducirle, según creía, hasta los dominios del Inca. No dudó que las ciudades fabulosas del Dorado existiesen y escribía: "Fué Juan Martínez, guardián de las municiones de Ordaz, quien viera Manoa el primero..." Usó un gentilicio que no se encuentra en ningún otro autor: Orinocoponi, el cual según escribía, designaba a todos los habitantes de un pretendido territorio imperial. Su entusiasmo se expresa bien en este párrafo: "El Cacique de Arroimaia... me manifestó que tanto él como

APORTE EXTRANJERO

su pueblo, con todos los pueblos ribereños del Orinoco hasta el mar, inclusive Emeria, se hallaban en la circunscripción de Guayana; pero el pueblo bajo su inmediato gobierno se llamaba Orinococoni porque estas tierras confinan con el gran río y que con esta denominación se comprendían igualmente todas las naciones entre el Orinoco y las montañas a la vista, llamadas de Wacarima; que al otro lado de esas montañas tendíanse una gran llanura llamada de Amariocapana. . . Todos los habitantes de este valle formaban también parte de los súbditos del imperio de Guayana. . .”

El reparto de esos “súbditos” lo enumeraba así: “En esta misma bahía se derrama otro río de nombre Ario, que viene de los lados de Cumaná, sobre Paria y a inmediaciones están instalados los Wikiri, cuya ciudad principal se llama Sayma. . . En la parte más próxima del Orinoco, como en Toparimaca y Winicapora, los indios forman la nación de los Nepoios, adictos a Carapana, gran señor de Emeria. Entre Winicapora y el puerto están los indios Orinococoni, que obedecían a Morequito y ahora tiene por jefe a Topiawari. . .” Entusiasmado con las noticias no muy claras a veces, que recogía, se ufanaba Raleigh en convencer a sus conciudadanos de un país que no existía. “En Guayana —contaba— subsisten los mismos usos y costumbres del Imperio de los Incas. . .”

Los lugartenientes del gran aventurero emplearon un lenguaje similar. Keymis escribía: “Uno de los caciques me informó que el país en donde esta situado Macureguari se llama Muchikeri. Esta ciudad de Macureguari es la primera de la puerta de Guayana. Está en un hermoso valle, cerca de montañas altas que se encadenan al noroeste. De Carapana a esta ciudad hay seis leguas y Manoa se asienta a seis jornadas más allá. Ellos prefieren la ruta de los Irawaqueri, a lo largo del río Amacur, por ser más cómoda, si bien no la más corta; porque la de Carapana se complica por las montañas. Los Casanares, pueblos vestidos, viven a inmediaciones de los puntos donde Orinoco toma su nombre y se han propagado por toda esa región. Sus límites se extienden hasta el lago Parime. El Marcuwino atraviesa esas tierras y da al Orinoco. . .” En otra parte relataba la ruta que era preciso seguir según sus informaciones, para alcanzar aquel lago y añadía que el nombre Parime le era dado por los caníbales, pero que los Iaos le denominaban Rapanowini.

Fue entonces cuando el Orinoco estuvo a punto de tener como epónimo a Raleigh. Si este no hubiese resultado víctima de un rabioso des-

tino, quizá se habría cumplido el deseo de Keymis. En su cuadro de los nombres de ríos y naciones halladas en el segundo viaje de Raleigh, señalaba en primer término el "Ralena u Orenoque". El gran río debía llamarse desde entonces, pretendía, según el explorador inglés. Enumeraba lugares deltanos así: Maipar, Itacaponea, Owarecapater, Warucanoso: Islas en la boca del Raleana.

A comienzos del siglo XVII se habían oído, pues, varios nombres del río: Uriaparia, Orinoco, Barraguán, quizá Guavyare para un trecho, y Raleana. Ni podía extrañar que tuviese nombres diferentes durante su prolongado andar. El Padre Aguado escribía a fines del siglo XVI: "Esta costumbre de no durar el nombre de los ríos desde su nacimiento hasta sus fines, es muy general en todas las Indias y en algunas partes de España y en todo el mundo. . ."

Algunos autores quieren que se le hubiese nombrado Uriaparia del nombre de un pueblo, ya dicho; para otros, no habría sido pueblo sino cacique y Pérez Embid piensa que sólo se habría denominado así el actual caño Mánamo.

Orinoco habría significado agua, según informaba Duddeley, o culebra enroscada, para los Tamanacos. Barraguán le habrían llamado los Mapoyes, por un cerro de ese nombre. Lo cierto es que a pesar de todo, el nombre Orinoco fue sobreponiéndose a los otros durante el siglo XVII. A mediados de él, había recorrido el Padre Carvajal el Apure "hasta el ingreso —escribía— en el explayado, como altivo y arrogante río de Orinoco. . ." Durante el siglo XVIII ya no hubo dudas cuando Gumilla escribió "El Orinoco Ilustrado y Defendido. . ." El término de Uriaparia había durado sólo como gentilicio. En los pueblos de Maracapana, Marigüitar, Aricagua y Arenas enumeraba Caulín indias Chaimas, Cores, Taxares y Uriaparias. Pero el río era ya todo Orinoco, para Venezuela y para el mundo. Los grupos indígenas conservaban y guardan algunos todavía, sus antiguas denominaciones.

En el siglo XVIII la fama del Orinoco alcanzó los límites de la Tierra. Misioneros y exploradores recorrieron sus aguas y otras fantasías, junto a explicaciones verdaderas, volaron de nuevo. En busca de cacao y para establecer límites, le exploraron Solano e Iturriaga y Díaz de la Fuente recibió el encargo de solicitar sus cabeceras. Este conoció el nombre Paragua entre indígenas que también le llamaban Orinoco Grande. Ya no era el afán del oro, sino una preocupación más raigal: encontrar cacao y otras plantas de riqueza. Además, defen-

APORTE EXTRANJERO

der el río contra los holandeses. Ya muchos no creían las viejas leyendas de Berrío. El padre Caulín mostraba su excepticismo basado en realidades muy visibles sobre la existencia de Manoa: "Si fuera cierta esta magnífica ciudad —razonaba— y sus decantados tesoros, ya estuviera descubierta, y quizá poseída por los holandeses de Suriñama, para quienes no hay rincón accesible, donde no pretendan entablar su comercio, como lo hacen frecuentemente en las riveras del Orinoco y otros parajes más distantes, que penetran guiados por los mismos indios que para ellos no tienen secreto oculto..."

Muchos buscaron a Orinoco durante ese siglo. Vino de tierras lejanas la Condamine, le ensalzó Gumilla, le describió Alvarado, buscó sus cabeceras Díaz de la Fuente, le medió Solano, enumeró sus nombres Caulín. "Los de sus bocas —escribía— le llamaban Uriaparia, por un cacique de este nombre que habitaba en ellas. Los caribes confinantes, Ibirinoco, que trocaron los españoles en Orinoco; los Mapoyes, Tamanacos y otros, Barraguán, por un cerro de este nombre que está a Sotavento del pueblo de Urbana. Los Cabres y Guaipunabes, Paragua y Bazagua y los Maquiritaros Guaribas y otros, Maraguaca, por la serranía de este nombre, a cuyas faldas recibe sus primeras aguas..." Días de la Fuente, además de conocer su nombre de Paragua, que para algunos indígenas significaba Mar, le llamó, en una carta, Paruma. En un mapa de Solano se lee: "Río Paruma, Parime o Grande Orinoco" y se le hacía nacer del fabuloso lago Parime, en cuya ciudad capital ya no creía Caulín. En un mapa anónimo de 1802 ya no se le daba como hontanar la legendaria Parime, sino simplemente se le veía correr junto a ella. En realidad el Paruruma, de quien los exploradores escuchaban hablar a los indígenas, era, según la descripción de Gumilla, "río de poca monta".

Nombres y orígenes se oían muy numerosos de boca de informantes indígenas hasta el siglo pasado. Michelena y Rojas transcribe una información así: "Por interlocución de un indio Uramanavi, pregunté al Cacique Yoni si había navegado por el Orinoco hasta sus cabeceras; me contestó que sí que había ido a guerrear contra los Guaharibos, que eran muy valientes; que yo no fuera porque perecería con toda mi gente, por ser indios que no admiten amistad con ningún género de Indios; y además, que el río no me permitiría llegar por ser en aquel paraje muy pequeño, con poca agua y muchos raudales; que ni las curiaras pueden navegar, ni por tierra se podía subir; que ellos vieron este paraje por entraron navegando por el río Vermo, que tie-

ne sus cabeceras por la parte opuesta de la sierra Paruma o Parima, y por ella viene el río de este nombre por los Huaharibos, que los Mariquitares llamaban Paraba y Orinoco los Caribes. Este río tiene sus cabeceras, según informaron estas tres naciones de indios, en las serranías del Ventuari, de Carua, de Ycuyuni o Yuruario y que el Orinoco Grande o Paruma corre entre S. y E., faldeando todas estas sierras hasta llegar a las montañas Parumas y queriendo hacer rompimiento por ellas, hacen las aguas un gran rebalzo de más de cinco leguas de ancho contra esta serranía y el gran paso de ellas se ha abierto por un resumidero por debajo de las montañas, o de una piedra de formidable magnitud que atraviesa las dos serranías y da salida a esta porción de agua que es el Oricono Chico. . . .”

El mismo viajero hacía, después de sus travesías, una defensa universal del Orinoco. No aceptaba que se le considerase inferior al Ganges, por las dormidas aguas de éste. Al río de la India le faltaba ímpetu, ritmo, personalidad. No quería comparación alguna con el Nilo, el cual le parecía medroso cante el “soberbio” Orinoco. Contra toda medición, contra toda matemática de volúmenes y caudales, quería hacer del Orinoco el primer río del mundo.

El siglo XIX había comenzado con el viaje, en 1800, de Humboldt. Su libro es uno de los clásicos del Orinoco. Siguiéron Martius, Schomburgk y muchos otros. Hoy, en 1951, las cabeceras permanecen ocultas. Quizá también algunos de sus nombres primarios en la selva profunda, cerca de sus hontanares primigenios donde sólo han llegado las pupilas de olvidados indígenas.

Muchos de sus nombres se habrán perdido, como los fabulosos orígenes que le asignaban los pueblos de sus riberas. Una versión ha recogido recientemente el geólogo Marc de Civieux, entre los Mariquitares. Me cedió sus apuntes y voy a decir con mis letras propias, lo que le refirieron los Kunu-Hana.

Fueron los animales quienes crearon el Orinoco. En días remotos la selva oscura todo lo cubría. El agua estaba lejos y era preciso andar mucho hasta donde se la encontrara. Los esclavos caminaban por entre espinas, bejucos, árboles derribados por el rayo, para alcanzar el Casiquiare. Por estos tiempos, el capitán de los animales todos era Semenía, un pajarito esbelto y polícromo, ingenioso y agudo. Sus dificultades, como las de todos los que capitanean bestias y fieras, eran innumerables. Su inteligencia, su conocimiento de los interminables apetitos de los felinos, de las presuntuosas aspiraciones de las guaca-

APORTE EXTRANJERO

mayas, de la sed de sangre de los vampiros insaciables, del secreto deseo de someterse a potencias extranjeras de los monos y araguatos, le había elevado a la peligrosa jefatura. Pero cada uno de esos sectores luchaba por escalar el poder. Sobre todo, inquietaban a Semenía, lírico y sabio, la Danta ruda y el Tigre, cruel.

El Marahuaca era entonces una montaña enhiesta, cuya cumbre obstaculizaba la vista de los astros. En la cima crecían toda clase de árboles frutales, cuya posesión única planeaban la Danta y el Tigre. Semenía resolvió enviarles en busca de agua para la comunidad de los animales hasta el lejano Casiquiare. Los dos pesados compadres partieron, contentos. Durante el viaje podrían planear la manera mejor de lograr sus designios de acaparadores Semenía, sin embargo, había pensado mejor y cuando varios soles habían cruzado la sombra del Marahuaca, juntó a todos los animales y les explicó la conveniencia de modificar la altura del monte. Cuando se derribara su cumbre, caerían las frutas interminablemente. Serían faenas de regocijo y después, para proveerse, no sería preciso ascender por entre picos agudos y farallones peligrosos. El ruido formidable del Marahuaca podado alertó a la Danta y al Tigre. Sin alcanzar el Casiquiare emprendieron una vuelta veloz, pero Semenía vigilaba. Las avispas, los zamuros, todos los animales de vuelo informaban cada día sobre el regreso de los viajeros. Si llegaban antes del reparto de las frutas, robarían la parte mejor, los montones más ricos. Cuando Semenía lo consideró oportuno, puso en marcha a los caños y los ríos lejanos. Las aguas comenzaron a correr, impetuosas, por la selva, desde el Guainía, desde el Casiquiare, desde la Sierra de Unturán. Cuando llegaron a los dominios de Semenía ya eran el Orinoco, el Cunucunuma, el Padamo. La Danta y el Tigre no podrían cruzar tantas aguas.

Orinoco no ha sido capaz, infortunadamente, de librar a Venezuela de las dantas y los tigres codiciosos, venidos de tierras extrañas.

La historia de los nombres del Orinoco ha sido la de la construcción de un país, la de los designios extranjeros sobre sus tierras y sobre sus aguas. Así como el nombre Orinoco fue ganando la corriente toda, logremos que la decisión nacional de construir cubra cada vez con firmeza mayor el territorio entero del país. Hagamos del Orinoco símbolo y arteria real de Venezuela. Aunque, como Semenía, debamos derribar montañas, poner en marcha los ríos y los caños, luchar con denuedo contra dantas y tigres.